

CAPÍTULO 10: SOLAMENTE JESÚS

Cuenta la leyenda, que un león y un tigre se encontraron cuando se dirigían a beber en un riachuelo. El tigre le dijo al león:

- ¿Por qué ruges como un tonto?

-No soy tonto, repuso el león, con brillo en sus ojos. Me llaman el rey de la selva, y lo soy, y eso es lo que anuncio.

Un conejo que había escuchado la conversación corrió un bólide hacia su madriguera, pensando que podría hacer el mismo truco del león; pero su rugido sólo expresó un chillido. Una zorra que pasaba por el lugar, se dio un gran banquete con el conejo. Moraleja: Nunca se anuncie, a menos que tenga las cualidades que pretende.

Hay cristianos, que por años, trataron de testificar, de atraer a alguien al evangelio, y decir algo concerniente a su fe. Pero a veces es posible caer en la trampa del conejo. No vale la pena anunciarse, a menos que esté realmente preparado.

Hace algunos años, el pastor H.M.S. Richards, padre (el fundador de la Voz de la Esperanza en inglés), visitaba la iglesia del Colegio del Pacífico en Angwin, California, y alguien lo invitó a la plataforma durante la escuela sabática, para hacerle una entrevista. Entre otras cosas, le preguntaron:

-Pastor Richards, ¿qué diría usted que es el mensaje adventista? Su respuesta fue inmediata:

-Solamente Jesús.

Bueno, suena bien, ¿no es cierto? Me gusta esa respuesta. Pero luego escuchamos al pastor Richards hablar de muchas otras cosas, además de Jesús. ¿Qué quiso decir con esa respuesta? Hay personas que toman esa respuesta, y la estiran más de lo debido. Hace algunas décadas, hicieron su aparición en nuestra sociedad los así llamados “hippies”, que decían ser seguidores de Jesús. Eran ampulosos en su comportamiento, y hablaban de asuntos religiosos todo el tiempo. No hablaban de otra cosa. ¿Y nosotros? ¿Aparte de Jesús, hablamos de algún otro tema? ¿Cuánto tiempo podríamos hablar sólo de Jesús?

El apóstol Pablo fue quien tuvo esta idea. Él se acercó a la gente de Corinto, con cierta determinación, a la cual yo supongo que muchas veces se han sumado algunos nuevos pastores.

“Hermanos, cuando fui a ustedes a proclamar el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabra o de sabiduría. Porque me propuse no saber nada entre ustedes, sino a Jesucristo, y a este crucificado. Y me presenté a ustedes con debilidad, y mucho temor y temblor. Y mi mensaje y mi predicación no fueron con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que la fe de ustedes no esté fundada en sabiduría de hombres, sino en el poder de Dios”. (1 Corintios 2:1-5).

¿Qué quiso decir Pablo, cuando dijo “me propuse no saber nada entre ustedes, sino a Jesucristo, y a este crucificado”? Aparentemente, él no cumplió con lo que se había propuesto. En estos versículos, está hablando a los corintios cristianos, y cuando revisamos sus dos cartas dirigidas a ellos, descubrimos que él les habló de muchas otras cosas. Les habló de la carne ofrecida a los ídolos, de la fornicación, de la dadivosidad y el dinero, les habló de asuntos muy diversos. Así que, aparentemente, se apartó de su intención original. ¿Es así? ¿Qué podría significar “sino a Jesucristo y a este crucificado”?

El apóstol Pablo parecía ser un fanático, y lo era en la práctica, si entendemos correctamente el término. Vemos: Si la mayoría de las personas escuchan decir a alguien “no voy a hablar nada excepto de Cristo, y de este crucificado”, piensan: “Este no es equilibrado. La suya, no es una combinación correcta. A éste sólo le interesa una cosa; es incapaz de hablar de otros asuntos. Parece un fanático”.

¿Conoce usted el significado de la palabra “fanático”?

¿Ha caído en la cuenta, de que a los que gustan del deporte, generalmente se les llama fanáticos? El fanático del fútbol es aquel que sólo piensa en él. Es fanático de dicho deporte.

He escuchado varias definiciones de la palabra fanático. He aquí una: “Fanático es aquel que pierde su propósito, pero duplica sus esfuerzos”. Esta descripción me recuerda a alguien muy conocido. Pero la definición que más me gusta es ésta: “Fanática es la persona, que independientemente del tema que inicie, siempre se sabe con qué terminará”.

Cuando analizamos los escritos de Pablo, encontramos que le sucedía precisamente eso. Cualquiera que fuera el tema que abordara, siempre se sabía cómo terminaría.

Los periodistas escriben un párrafo principal o guía, como parte del encabezado del tema principal de una noticia. Seguidamente, tratan de responder las preguntas, quién, cómo, qué, por qué, dónde, y cuándo. En el campo religioso, también tratamos de responder esas mismas preguntas.

Cuando en el contexto de la fe cristiana, consideramos la pregunta “qué”, tendemos a ser legalistas. La juventud de la iglesia ha sido víctima de ese “qué” de la vida cristiana, en grado sumo: Qué hacer, y qué no hacer. De manera que llegamos al hacer, y al no hacer. Y muchos jóvenes, cuya preocupación principal es qué hacer y qué no hacer en la vida cristiana, se desaniman. Tarde o temprano abandonan la fe que un día abrazaron. Me he relacionado con jóvenes, que me han dicho que la parte del “qué”, ha formado el 90 por ciento de su experiencia cristiana.

Otro segmento de la población en el mundo cristiano lucha con el “por qué”, al igual que el periodista. La persona se vuelve un tanto intelectual y sofisticada, en el proceso de entender y discutir. A veces eso es bueno, otras no, porque Dios hace y pide cosas de las cuales no tenemos que recibir explicación, como aquello de mirar a la serpiente en el desierto. Mirar una serpiente de bronce, parecería una necedad. Pero cuando uno se está muriendo, no tiene caso hacer preguntas.

Entonces, podemos unirnos a los que les gusta hacer la pregunta del “cuándo”. Por supuesto, aquí tenemos a los muy interesados en la escatología, o eventos de los últimos días. Los que se preocupan con el “cuándo”, tienen en su casa todos esos diagramas a colores de los últimos acontecimientos. Hasta en nuestra subcultura encontramos este tipo de gente. A mí me interesan los eventos de los últimos días, pero no al extremo de preocuparme por ellos.

¿Y a usted? Tenemos que ser muy cuidadosos para no convertirnos en víctimas de los sucesos de los últimos días, con el fin de asegurarnos la entrada en el último tren. Porque si toda nuestra preocupación es abordar el último tranvía, podríamos correr el riesgo de perderlo definitivamente.

Algunos podrían preguntar “cuál”. Estos son, por lo general, buenos estudiosos de las religiones del mundo. Su gran curiosidad es saber ¿cuál de ellas es la verdadera? Aquí encontramos a los que dedican tiempo para tomar clases, y participar en clubes de lectura, para tratar de analizar y comprender cuál es la mejor religión del mundo. Como usted sabe, algunos cristianos en Estados Unidos han llegado a estar muy metidos en este asunto, en años recientes. “¿Cuál de ellas?” No se necesita mucho tiempo para saber la respuesta, porque entre la mayoría de las religiones del mundo y la fe cristiana, hay una notable diferencia. La mayoría de las religiones del

mundo enseña, que de alguna manera, podemos salvarnos por nosotros mismos. Pero el principio de la fe cristiana es que necesitamos un Salvador. ¿No es así? Esta es la principal diferencia.

Y hasta podría haber quienes pregunten “cómo”. Esta pregunta ha intrigado a la gente últimamente. Ha habido un creciente interés en el “cómo”, no solamente en el “qué”. Así se alejan de lo que debemos hacer y lo que no debemos hacer, y el meollo de cómo vivir la vida cristiana. Al preocuparse por el “cómo”, la gente se interesa en la teoría de la justificación por la fe; porque, en cierto sentido, a esto se refiere la justificación por la fe. “¿Cómo?” Por eso hay tantos jóvenes interesados en la teología de la justificación por la fe, que les brinda algo más de qué hablar, además de lo que se debe o no se debe hacer. Eso les dice “cómo”. No tiene sentido intentar saber qué hacer y qué no hacer, si uno no sabe cómo hacerlo y cómo no hacerlo.

Pero el apóstol Pablo tuvo una mejor precepción cuando dijo: “Porque me propuse no saber nada entre ustedes, sino a Jesucristo, y a este crucificado”. (1 Corintios 2:2), porque aquí él está hablando del “quién”. Y el “quién” es lo más importante de todo. Por cierto, algunos hemos tenido que aprender, por amarga experiencia, que el “quién” es más importante que el “cómo”, por muy importante que éste sea.

Si a usted le interesa la teoría de la salvación solamente por fe, pero pierde su relación con la Persona, terminará sumergiéndose en una teología peor que barata. Por lo tanto, damos al apóstol Pablo un merecido crédito, cuando dice: “Me propuse no saber nada entre ustedes, sino a Jesucristo y a este crucificado”.

Hay una pregunta que me gustaría hacer, una y otra vez, mientras exista la oportunidad, y es ésta: “¿Conoce usted a Jesús? ¿Mantiene una buena relación con Él?”

¿Conversa con Él? ¿Conoce de veras a Jesús?”

No es agradable para mí, admitir la zancadilla que el enemigo me puso hace algunos años. En el oeste del país, estábamos tan involucrados en algunos asuntos teológicos que estaban molestando a la iglesia, que algunos pasábamos horas estudiando los temas, las teorías, las verdades, las herejías, y las teologías. Escuchábamos grabaciones, leíamos publicaciones, y nos sentíamos muy devotos al hacerlo. Mientras tanto, permanecieron empolvados en nuestros estantes, libros como “El Deseado de Todas las Gentes” y los cuatro evangelios. ¡Qué desvío más astuto! Y tal parece, que el enemigo de Dios está tratando de poner zancadillas a todo el mundo, en todas partes. Es algo muy sutil. Es un movimiento solapado. No hay nada más importante que el “quién”. ¿Puede verlo?

¿Conoce usted a Jesús como su Amigo personal?

Y de alguna manera, como quiera que empecemos, en todo lo que hablemos, en cada estudio bíblico que demos, y en cada sermón que prediquemos, Jesús debe ser nuestra suprema finalidad. ¿Sería justo esto? Necesitamos ver al Hombre de la Biblia, Jesús, el crucificado, en todos los sesenta y seis libros que forman las Sagradas Escrituras.

El apóstol Pablo tenía una clara comprensión del evangelio. En su Carta a los Romanos, nos presenta una clara vislumbre de lo que entendía que era el evangelio: “No me avergüenzo del evangelio”, de paso, la palabra evangelio significa buenas noticias. No me avergüenzo de las buenas noticias. ¿Qué dice a continuación? Las buenas noticias de “quién”. No del “qué”, o del “por qué”, o del “cómo”, o del “dónde”, o del “cuándo”, sino del “quién”. Las buenas nuevas de Cristo.

De manera que el evangelio son las buenas nuevas de Cristo, y ello tiene que ver con el “quién”. Algunos dicen, “el evangelio es...”, y salen por allí con algún término teológico. Quisiera prescindir de cualquier término teológico, por el bien de todos.

No hace mucho, celebré unas reuniones en el noroeste del país. En el vestíbulo de la iglesia, se me acercó un joven y me dijo:

-El evangelio es la cruz y lo que Jesús hizo en la cruz, y sólo la cruz. Eso es el evangelio.

-Creo que esa es una buena noticia, le dije.

- ¿Buena? Eso es todo el evangelio.

Él trataba de impresionarme, con algo que sentía como una carga. Así que le pregunté:

- ¿De veras? ¿Es una buena noticia para usted, que Jesús quiera hacer algo en su vida, y transformarlo mediante su gracia, y ayudarlo a obedecer, y ser victorioso?

¿Son éstas buenas noticias?

-Sí, estas son buenas noticias, pero ellas no son el evangelio. El evangelio es solamente la cruz.

- ¿Qué significa la palabra evangelio?, le pregunté. Él respondió:

-Bueno, el evangelio significa buenas noticias... Quisiera recordarle, mi amigo, que el evangelio comprende toda clase de buenas noticias. Es cierto que se basa en la cruz. No lo dudamos. “Primero les transmití lo que yo mismo recibí: (esto es, lo primero del evangelio). Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras”. Esta es la base del plan de salvación. Pero a partir de este punto, son las buenas noticias de Cristo por doquiera.

Según los teólogos, las divisiones clásicas del evangelio de la salvación de Cristo incluyen, primero, lo que Cristo hizo por nosotros en la cruz; segundo, lo que Cristo quiere hacer con nosotros día tras día; y tercero, lo que Cristo quiere hacer con nosotros cuando vuelva a esta tierra. El principio es lo que ocurre cuando nos allegamos por primera vez a Jesús. Aceptamos su salvación efectuada en la cruz, en nuestro favor. En segundo lugar, es lo que sucede cuando permanecemos, día tras día, con Jesús. Y en tercer lugar, es lo que sucederá cuando vayamos con Jesús, en ocasión de su retorno. ¿No son éstas buenas noticias? Todo cuando venga bajo estos encabezamientos, son buenas noticias, pero está supeditado al evangelio de Jesucristo.

El evangelio de Jesucristo no es muy popular en el mundo. De hecho, me atrevo a asegurar que siempre que Jesucristo sea exaltado, ya sea en el seno de la familia, en la escuela, en la iglesia, en el estudio de la Biblia, siempre que Jesucristo sea exaltado, la gente se dirige en una u otra dirección, porque hay tantísimas personas que no quieren saber nada de Jesús. Hasta es posible que haya quienes se precien de ser muy religiosos, y no quieran tener nada que ver con Jesús, porque la religión puede convertirse en una forma de escapar de él. ¿Es cierto esto? ¿Es posible esto? Por eso es por lo que alguien escribió un libro titulado “Cómo ser cristiano sin ser religioso”. El autor reacciona contra la idea de que es posible simplemente cumplir la forma de la religión, y estar verdaderamente enfermos de religiosidad. Es posible tener un sendero entre su casa y la puerta de su iglesia. Es posible tener el hábito y la costumbre de ser una persona religiosa.

Tenemos un gran ejemplo de lo que decimos en la iglesia de los días de Jesús. Los judíos estaban tan preocupados por ser religiosos, que no tuvieron tiempo para Jesús. ¿No es así? Estaban tan ocupados con su religiosidad, que lo rechazaron cuando él vino. Me fascina un corto comentario escrito hace mucho tiempo en “El Conflicto de los Siglos”: “Una religión de ceremonias exteriores es propia para atraer al corazón irregenerado”. (CS 623). Analicémoslo unos momentos. La religión de ceremonias externas, reglas, normas, qué hacer y qué no hacer,

formas, ceremonias, es atractiva para los irregenerados, o para los corazones inconversos. El populacho se sentirá atraído. “Millares de personas que no conocen por experiencia a Cristo, serán llevadas a aceptar las formas de una piedad sin poder. Semejante religión es, precisamente, lo que las multitudes desean”. (CS 623).

¿Saben lo que yo haría, si quisiera atraer a una multitud, si quisiera que las masas estuvieran pendientes de mis palabras? Enseñaría una religión de ceremonias externas, y la multitud me seguiría. Eso es lo que le gusta a la gente inconversa.

Dado que nacemos irremediabilmente religiosos, hay un vacío de Dios en cada corazón, que debe ser llenado con algo. Por lo tanto, si la gente no quiere a Jesús, tratará de ser religiosa. Dejará a Cristo fuera del cuadro. Pero siempre que Jesús sea exaltado, siempre que se hable de él, y la atención sea enfocada en él, la gente irá en una u otra dirección, y las multitudes se dispersarán.

En los días de Jesús, las multitudes se dispersaban porque su mensaje era demasiado agudo. Demandaba sacrificio. Finalmente, cuando sólo quedaron sus discípulos, él les preguntó: “¿Quieren irse ustedes también?”. Y ellos respondieron: “¿A quién iremos?”. (Véase Juan 6:66-68).

Doquiera iba el apóstol Pablo, determinado a no conocer a nadie excepto a Jesucristo y a este crucificado, bien había un reavivamiento, o un motín. Nunca hubo un resultado intermedio. Nadie seguía siendo igual. Un reavivamiento, o un motín. Así que no pensemos que si Jesús es exaltado, atraerá a las multitudes. Eso puede causar problemas, o atraer a los verdaderamente sinceros.

Hasta aquí hemos hablado de Jesús en términos de satisfacción, en términos del tema que nos ocupa. Ahora me gustaría tender un puente hacia el segundo aspecto, esto es, Jesús en la vida.

Mi exposición acerca de Jesús no tendría un propósito, si yo no lo conociera. No sería propio entrar en el gozo de Jesús, y tratar de predicar la teoría y la teología de Jesús, si no lo tengo en mi propia vida. ¿Para qué dar un estudio bíblico, o tratar de compartir o testificar ante alguien, si usted mismo no conoce a Jesús? Y la verdad es que no lo lograremos de ninguna manera. Si no conocemos a Jesús, será muy difícil hablar de él. ¿No es cierto? Una de las cosas más difíciles es hablar de alguien desconocido. Si usted no lo conoce, acabará por terminar hablando del “qué”, del “por qué”, del “cómo”, del “dónde”, y del “cuándo”. Usted podrá deslizarse por toda clase de avenidas religiosas, pero nunca hablará del “quién”, si no lo conoce. Durante mis primeros tres años en el ministerio, había acumulado un archivo de sermones e ideas, que había copiado de otros predicadores, ya fuera en la universidad o en otros lugares. Soy adventista de tercera generación, y predicador de segunda generación. En mi archivo, tenía sermones de mi padre, de mi tío, y de mi primo. También tenía anotaciones de los pastores Richards, Fagal, Haines, Vandeman, y otros tantos. Yo podía extraer cualquier sermón de ellos y predicarlo, y la gente podía mover la cabeza y pensar “me gusta este sermón. Me parece que lo he oído antes, pero me sigue gustando”. Valiéndome de préstamos, me fue bastante bien. Esto me recuerda de un predicador, del cual nos habló el profesor de homilética. Este predicador también tomaba prestados los sermones de otros, pero en su congregación había una mujer que leía mucho, y no ignoraba esas fuentes. Cuando él predicaba, ella decía en alta voz:

-Eso es de Vandeman, o de Richards, etc.

Un día, el predicador no aguantó más y gritó:

- ¡Cállese!

-Eso es suyo, repuso ella. ¡Era la primera vez que él predicaba algo original!

Para mí, era fácil tomar pensamientos de esta fuente, de esta otra, y de aquella. Póngase en

mis zapatos. Antes de mucho, se le acaban a uno las fuentes, usted sabe. Y también empieza a comprender, que ha estado hablando de todo, menos de Jesús, y entonces se encuentra con una buena señora que lo está esperando a la puerta de la iglesia, una mujer consagrada. Usted tiene que reconocer que se trata de una hermana devota. Ella es una persona bondadosa, agradable, y dulce cuando habla. Pero se encuentra con usted a la puerta, y le dice:

-Pastor, me gustó mucho el sermón. Le doy las gracias. Pero será maravilloso cuando usted llegue a conocer a Jesús.

Usted traga saliva porque ella le cae bien, aunque en ese momento, no le caiga muy bien. Ella sigue su camino, pero algunas semanas más tarde se le acerca, y le dice:

-Gracias pastor, por ese sermón. Creo que será maravilloso cuando usted llegue a conocer a Jesús.

De nuevo, usted se muerde la lengua y trata de sonreír, mientras ella sigue su camino. Ella siempre se muestra amable. Siempre es atenta y simpática. Pero sigue con lo mismo, y lo que más le molesta a usted, es que sabe que ella tiene la razón.

¿Se da cuenta del efecto recíproco, que se produce entre el pastor y su congregación? ¿Comprende la influencia que puede ejercer sobre su pastor, y la de él, sobre usted? Es una calle de dos vías. Más de una vez, he estado agradecido por lo que mi congregación ha hecho por mí.

Bien, esta dama siguió haciendo lo mismo, vez tras vez. “Será maravilloso cuando...”

Después de tres años, usted se arrodilla y dice: “Dios mío, ayúdame”. Usted clama por poder, y poco a poco, empieza a darse cuenta de que la fe cristiana consiste primero en conocer a Jesús. Eso es todo. No se trata de lo que uno haga o deje de hacer, con el fin de alcanzar el cielo. Se trata de conocer a Jesús. Y creo que eso es lo que necesito, por sobre todas las cosas. ¿Puedo atreverme a decirle, que eso es lo que usted necesita también, en primerísimo lugar?

No obstante, esta es una de las cosas más fáciles de pasar por alto en la vida cristiana. Quisiera demostrárselo. Hace algunos años, surgió en mí, la curiosidad de empezar a pensar, que la única base de la fe cristiana era conocer a Jesús, cada día. Siempre pensaba en cuántos de los miembros de iglesia dedicaban tiempo para tener un encuentro personal con Jesús. Así que me dispuse a hacer una investigación. Tuve la oportunidad de hacerla en varias congregaciones, y cientos de miembros de iglesia de mi propia cultura adventista y cristiana, respondieron a la encuesta. En la hoja de la encuesta, había preguntas que tenían que ver con la vida privada de la persona en cuanto a su relación con Dios. ¿Pasa usted un tiempo leyendo la Biblia todos los días? ¿Cuánto tiempo dedica a su devoción personal? Etc. Para mi desaliento y sorpresa, descubrí que solamente uno de cada cuatro miembros de iglesia, pasaba hasta cinco minutos diarios con su Biblia y en oración. ¡Sólo uno de cada cuatro! Después de eso, supuse que esa encuesta estaría equivocada, y que las preguntas no fueron bien hechas.

Pero me sorprendí al escuchar los resultados de otros compañeros del seminario, que habían hecho encuestas mucho más abarcales. Ellos llegaron a la conclusión de que había uno de cada cinco.

Mis amigos, quiero decirles que éste es el mayor problema que tenemos actualmente en la iglesia. Porque si no tenemos tiempo para Jesús, todos los días, no lo conoceremos, y no podremos hablar de él, ni tampoco lo haremos. Esto da pie a preguntas de menor importancia, como qué podemos y qué no podemos hacer, los porqués, los cómo, los cuándo, los dónde, y los qué. Y muchas veces damos demasiado énfasis a esto, mientras descuidamos lo principal.

Mi hermano enseñó, algunos años, en el Seminario Teológico de la Universidad Andrews.

Cada año, en cierta clase, ponía un examen a los pastores que regresaban para estudiar, y a los nuevos estudiantes de ministerio que se preparaban para el campo. Se trataba de una sola pregunta que decía más o menos así: “Pastor, dígame por favor, ¿cómo podría yo tener una vida devocional personal, significativa y diaria con Dios?”. Los alumnos escribían, escribían, y escribían. Daban innumerables respuestas en sus escritos: que necesitamos estudiar la Palabra; que necesitamos aprender a orar; que la oración en público no es suficiente, que debe ser un tiempo personal y privado con Dios. Así, daban toda una lista de cosas importantes que era necesario hacer, para tener una vida devocional con Dios. Cuando terminaban de escribir, él les decía:

-Ahora bien, no escriban sus nombres en las hojas. Devuélvanme los papeles, y díganme lo que estuvieron haciendo personalmente, por ustedes mismos.

De pronto, el aula quedaba en absoluto silencio. Mi hermano guardó estas respuestas durante años, y muchas de ellas decían: “Lo siento, he estado tan ocupado últimamente. No he tenido tiempo. He estado abrumado de trabajo”. ¡El resultado era que sólo uno de cada cuatro pasaba un tiempo especial con Dios, cada día!

Ese es el gran problema. ¿De acuerdo? Tal el pastor, tal la congregación; tal la congregación, tal el pastor.

Nuestra gran necesidad es conocer a Jesús como nuestro Amigo personal, por sobre todo los demás, es lo principal.

Si usted conoce personalmente a Jesús, tarde o temprano empezará a descubrir que ello ejerce un impacto tremendo sobre lo que usted dice o enseña, predica o comparte. Eso hará una diferencia en los estudios bíblicos que dé. También descubrirá, que sea cual fuere el tema que usted aborde, la gente siempre sabrá que usted terminará hablando de Jesús. Jesús siempre será el tema de su preocupación y atención. Y verdaderamente, éste es el secreto de la vida en la iglesia cristiana. ¿Podría usted imaginar a Adolfo Hitler, dando conferencias sobre el amor? ¿Podría usted imaginar a un muerto, dando conferencias públicas sobre la vida?

¿Puede imaginar a una persona llamada cristiana, que nunca habla de Cristo porque no lo conoce? Su tema siempre será el “qué”, el “cuándo”, el “dónde”, el “porqué” y el “cómo”. El apóstol Pablo, un cristiano verdadero, estaba en lo correcto cuando dijo: “Me propuse no saber nada entre ustedes, sino a Jesucristo y a este crucificado”. Si usted conoce a Jesús como a su Amigo personal, dirá lo mismo que Pablo.

Cuando cursaba mi primer año en la universidad, un estudiante de años avanzados me aconsejó lo siguiente, durante la orientación que se daba a los de mi grado:

-Inscríbete en esta clase.

-¿Por qué? ¿Es requisito?, interrogué.

-No, pero tómala de todos modos.

Los estudiantes de los últimos años ejercen una tremenda influencia en los de primer año, y muchos de ellos me dijeron que la tomara; al fin la tomé. La clase era “Vida y enseñanzas de Jesús”, que la dictaba un profesor designado específicamente para esa materia. El primer día de clases yo estaba allí con el resto de los estudiantes, con mi libreta de notas, mi bolígrafo, listo para tomar apuntes, listo para memorizar, listo para dibujar mapas, listo para conocer la secuencia de los sucesos y viajes de Jesús en Palestina. Entonces, el profesor empezó a hablar, y todo lo que habló fue acerca de Jesús, de su bondad, su amor, su compasión, su amistad. Era una persona que gozaba hablando de Jesús. Y cuando lo hacía, se percibía algo maravilloso que uno no podía perderse. Este hombre obviamente conocía a Aquel de quien hablaba.

Las libretas de notas nunca fueron usadas, los bolígrafos se nos cayeron de las manos., y allí nos quedamos sentados, escuchando al profesor hablar de su Amigo Jesús, cada día. Cada vez que terminaba el período de clases, nos encontrábamos caminando por el plantel, extrañamente silenciosos, pensando en Jesús. Desde entonces, nunca he visto, ni antes, ni después, nada que sobrepasara a esta experiencia. Hasta cuando aquel profesor no hablaba de Jesús, muchos pensábamos que lo estaba haciendo.

Cuando terminaron las clases, nos dedicamos a otras cosas y nos olvidamos del asunto. Pasaron los años. Llegó la graduación, y varios años en el ministerio. Un día, entre la multitud reunida en el vestíbulo de un edificio en San Francisco, en un congreso de la Asociación General, con miles de personas a mi alrededor, me encontré cara a cara con mi antiguo profesor. Nos detuvimos y hablamos brevemente. Sólo fueron unos minutos, pero allí estaba él hablando otra vez de Jesús. Me invadieron los recuerdos, y pronto me encontré en una oscura esquina, detrás de alguna escalera, llorando, porque una vez más, mi corazón sintió extrañamente enternecido, al recordar lo que había significado Jesús para mí, gracias a las palabras y a la vida de este profesor. Y me di cuenta. ¿Dónde había adquirido él esto? Lo obtuvo de la misma fuente que está al alcance suyo y mío, sobre las rodillas, con los evangelios, y con “El Deseado de Todas las Gentes”, día tras día.

Y allí es donde usted también puede obtenerlo.